

florecientes? ¿Será acaso que Cuba esté destinada á sufrir más que el resto de la América para conquistar su libertad? No lo sabemos: Más si España se obstina en no quitar la mano de hierro conque oprime á los cubanos, bueno es que recuerde que los manes de Bolívar, Sucre, San Martín, Morelos y los de todos los héroes de la independencia americana unidos con los de Martí, Céspedes y los demás que han sucumbido en los campos de la Gran Antilla, vagan todavía por los aires y que esos manes benditos dan, como dió el de Simón á los atenienses, la victoria á los defensores del derecho.

Reciban pues los guerreros cubanos una vez más nuestras voces de aliento en la causa que tan dignamente defienden, hasta que la imagen de la libertad colocada en el santuario de la patria sea respetada por todos y hasta que del caos horrible en que hoy se halla, surja Cuba radiante y bella á tomar el puesto que merece en el concierto de las naciones independientes.

He dicho,

Alfredo R. González.

Heredia 3 de Noviembre de 1895.

## INSERCIONES.

### La Guerra en Cuba.

Es un español, don Adolfo Llanos, Redactor de *La Ilustración Española y Americana*, el autor del escrito que reproducimos á continuación y publicado con este mismo título:

“Un batallón de 500 plazas que entra en campaña, queda reducido, antes de batirse, á trescientos cuarenta hombres para hacer fuego. Sus bajas naturales son las siguientes: músicos, tambores y cornetas, guardias de prevención, rebajados, camilleros médico y capellán, y jefes oficiales que se baten, pero no con fusil.

“Cuando este batallón de 500 plazas en revista y 340 fusiles en el campo de batalla, procede de Europa y tiene que ir á Cuba, desde que sale de las costas de España hasta que llega al teatro de la guerra, va dejando hombres por el camino. La navegación produce bajas: algunas veces el 7 por ciento. El cambio de clima y de vegetación envía también gente al hospital; y antes de romper el fuego, antes de padecer ninguna enfermedad endémica, el batallón pierde temporalmente del 15 al 20 por ciento de sus individuos. Redúcese, pues, á 280 fusiles los 340. En dos meses de campaña, el calor, la humedad, las lluvias torrenciales, las marchas rápidas, el lento y los frutos del país, merman las fuerzas del batallón en

un 30 por ciento, y los 280 fusiles, ya no son más que 196. De suerte, que sin haber intervenido el plomo enemigo, ni el vómito, ni el pasmo, el batallón de 500 plazas á duras penas, suma 200 para batirse. Este cálculo no es de los más desfavorables: ya se han visto batallones enteros que, sin tener ni un hombre muerto, solo reunían tres ó cuatro para pelear.

“El clima y el terreno escoljen sus víctimas, y hecha rápida selección entre los fuertes, cada unidad de 500 soldados se convierte en un pelotón de 50 ó 100 guerrilleros, admirables no menos por su resistencia que por su bizarría. Después, los hospitales empiezan á devolver gente, se nutren poco á poco las filas, termina el período de aclimatación, siguen los nuevos el ejemplo de los experimentados, reaparecen en todo su vigor las superiores cualidades distintas de nuestro ejército, y aumentan las altas. Mas, el cruel azote del país reclama su parte, y no perdona la suya el acero y el plomo: es una guerra contra dos enemigos: el peor, hiere á mansalva; su aliado, valiéndose de la sorpresa y el acero, hace pagar caras las victorias. La continuidad de la persecución multiplica otra vez las bajas, llegando á establecer una cifra media, que podría determinarse así: para tener un combatiente en la Isla de Cuba, hay que mandar cuatro.

“Tratándose de enemigos que no se arriesgan á pelear sin ventaja reconocida, y que manobran en el terreno más conveniente á sus propósitos, exige la persecución el empleo de grandes fuerzas, por lo menos cuatro soldados para cada enemigo.

“Y como además de sostener las columnas móviles deben guardarse los poblados y vigilarse las costas, comprenderáse que son pocos cuatro contra uno en la guerra de Cuba; se necesitan ocho ó diez hombres por cada separatista.

“Siendo ocho hay que sacar de la Península treinta y dos. Aunque se rebaje de este número el contingente de las guerrillas de cubanos auxiliares, claro es que para dominar pronto á mil insurrectos habrá que llevar á la gran Antilla un ejército de 30,000 soldados.

“Este cálculo se probó con hechos: lo acredita una experiencia muy dolorosa. Los 20,000 separatistas que esgrimieron las armas desde 1868 hasta 1880, obligaron á España á embarcar centenares de miles de combatientes, de los cuales quedaron 200,000 sepultados en Cuba.”

Un amigo nuestro llegado de la isla de Cuba de paso para el Perú en misión especial, nos relata la astasia empleada para es-

capar de la Habana por el distinguido ingeniero civil cubano señor don Mario Menocal, vigilado constantemente por las autoridades españolas. Comprendiendo Mario que su situación empeoraba día por día y que pronto desaparecería en una de las horribles cárceles españolas, tuvo la serena audacia de presentarse ante el Gobierno en solicitud de un contrato para el trazado de un ferrocarril de Santa Cruz á Puerto Príncipe para lo cual preparó con vertiginosa rapidez multitud de datos y presupuestos para la obra, lo mismo que pormenores de las utilidades que el Gobierno percibiría en esa empresa, logrando también interesar á muchos en la obra. El Pacificador al principio tuvo celos del señor Menocal, pero vistas sus protestas y deseos de trabajar, accedió á firmar el contrato.

Allanadas todas estas dificultades, Menocal se multiplicó y logró sacar consigo para que lo acompañasen en la expedición 80 jóvenes de la Habana, quienes previamente estaban de acuerdo con sus planes reservados, y además 40 españoles. Una vez llegados al punto indicado, vecino á Puerto Príncipe se arreglaron las tiendas de campaña en cuyo lugar pernoctaron. A la mañana siguiente, en las primeras horas del alba, Menocal montó y dijo á sus compañeros: “¡Muchachos! allí en las cumbres, allí donde brillante despunta ese sol, se encuentra el ejército patriota, en él tienen un puesto todos los defensores de la Libertad de Cuba, en esas cumbres flamea la bandera de la estrella solitaria, á defenderla con nuestra sangre hemos venido y no serán ustedes ni yo quienes podamos retroceder ante el sacrificio ni desoir la voz de nuestros hermanos. ¡Cubanos! á rodear esa bandera y á luchar bajo su sombra por la Patria; que siempre será más glorioso ofrendar nuestras existencias por la Libertad que continuar esta vida de ilotas y siervos de los peores de los tiranos. Compañeros, ¡Viva Cuba Libre!” Unísono grito contestó á las últimas palabras de Menocal, y todos en grupo, inclusive los españoles, marcharon al campo insurrecto, vecino.

Hoy figura Mario Menocal como Subsecretario de Guerra de la República de Cuba. Hace algunos días se anunció que una bala española le había dado muerte; pero en correspondencia particular hemos visto que la persona que recibió el balazo fué un joven artista, Ayudante de Campo de Máximo Gómez, joven que ha dado pruebas múl-

tiples de valor temerario. La herida la recibió en el costado izquierdo y de ella ha sanado felizmente.

—Leemos en *The Mexican Herald*:

Apenas habría justicia si España presentase quejas al Gobierno de los Estados Unidos porque éste reconociese ahora los derechos de beligerancia á los patriotas cubanos, pues no habían transcurrido tres meses después que los confederados del Sur descargaron sus fuegos contra el fuerte “Sumter,” cuando ya España les había reconocido la beligerancia. Ninguna de las primeras potencias de Europa siguió el ejemplo, bien que Napoleón III así lo deseaba; pero tuvo que contenerse dada la intervención de la Reina Victoria. Rusia en tanto ayudaba secretamente al Gobierno del Presidente Lincoln, durante toda esa lucha magna; lo que en parte explica las simpatías profundas del pueblo americano hacia Rusia.

El Czar envió sus flotas á Nueva York y á las costas del Pacífico para que ayudaran á los Estados Unidos en caso de necesidad; por eso á la oficialidad rusa siempre se le festeja en los Estados de la Unión y á despecho del carácter completamente distinto de las dos razas: los rusos y los americanos son amigos íntimos.

Fuerzas armadas de revolucionarios se encuentran ya en la provincia de Matanzas; y actualmente á setentaicinco millas de la Habana. La noticia relativa á la provincia de Matanzas es de la mayor importancia, si como se dice tienen allí ocultas grandes cantidades de armas y de municiones; y si realmente sus fuerzas aumentan, la crisis no está lejos.

El General Gasco está de desgracias. Tres remolcadores provistos de cañones gatlings y 1,800 soldados bajo su mando, custodiando á seis lanchas con víveres, ropa y dinero cayeron en el Río Cauto en poder de una partida de cubanos. En el ataque que les hicieron quedaron muertos el artillero Gómez, dos prácticos fogoneros y maquinistas, varios pasajeros españoles y como ciento cincuenta hombres entre oficiales y soldados. Les echaron á pique tres de las lanchas y los defensores hicieron una retirada brillante.

Se están recogiendo firmas en todos los Estados Unidos para una petición monstruo, que será presentada al Congreso, exhortándole á que reconozca á los patriotas cubanos como beligerantes.

Dicha petición estará suscrita por más de 15,000,000 de firmas.